



HISTORIA

UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES ALEMANES, BAJO LA DIRECCION DEL EMINENTE HISTORIOGRAFO

GUILLERMO ONCKEN

HISTORIAS GENERALES DE LOS GRANDES PUEBLOS - ESTUDIOS DE LAS GRANDES ÉPOCAS
MONOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HECHOS - BIOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HOMBRES

TRADUCCION DIRECTA DEL ALEMAN REVISADA POR

DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

TOMO OCTAVO

HISTORIA DE LA REFORMA RELIGIOSA

EN ALEMANIA

por el Dr. Federico de Bezd

LA EUROPA OCCIDENTAL

EN TIEMPO DE FELIPE II DE ESPAÑA, ISABEL DE INGLATERRA
Y ENRIQUE IV DE FRANCIA

por el Dr. Martin Philippson

LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

por el Dr. Juan Gustavo Droysen

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309-311

1894

REF.
900
On58h
V.8

STC-29-SEP-78

D20
H5
V.8

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FSRM

2599

HISTORIA DE LA REFORMA RELIGIOSA EN ALEMANIA

POR EL

DR. FEDERICO DE BEZOLD

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE ERLANGEN

INTRODUCCION

Roma caput mundi regit orbis frena rotundi.

El imperio romano había sido destruido por los germanos, pero su sombra no pudo ser destruida. Durante largos siglos estuvieron separados el Oriente y el Occidente de Europa, pero en aquel como en éste se mantuvo vivo el ideal político de la antigua unidad del imperio; y si en Oriente existía el imperio de este nombre, en el Occidente se formaron el de Carlomagno, el de los Otones, Salios y Staufen, y aun antes y simultáneamente con estos se fué formando otro imperio que pretendiendo no ser de este mundo, empezó por conquistar el dominio espiritual y absorbió después el material del Occidente. El imperio germánico tuvo necesidad de la autorización de la Iglesia de Roma para ser legítimo y la tuvo que pagar terriblemente cara. Era inevitable la lucha entre estos dos poderes supremos, de los cuales solo uno, el de la Iglesia, era realmente internacional, por no decir universal, y la victoria hubo de ser también ineludiblemente de la Iglesia, porque el mundo dió la preeminencia á lo espiritual sobre lo terrenal. La Iglesia era el dueño, el alma y el sol, y el imperio terrenal, ó sea el Estado, era el siervo del dueño, el cuerpo del alma y el satélite del sol.

La caída de los Staufen señala el apogeo del poder eclesiástico. En el siglo XIII, la contienda entre la Iglesia y el Estado se decidió, al parecer definitivamente, á favor de la Iglesia; la política papal había introducido en Alemania la anarquía, y transformado en feudos pontificios los reinos de Sicilia, Aragon, Portugal é Inglaterra. En Constantinopla se levantó un imperio latino; la Armenia reconoció la supremacía del Papa, y los caballeros de la orden teutónica aniquilaron á los paganos ribereños del Báltico. Poco faltó para que se realizara lo que dijo Gerhoh de Reichersberg (1), á saber: que sería hecha pedazos la estatua de oro de la monarquía, y que cada imperio mayor se dividiría en cuatro para que la Iglesia viviese libre y sin opresión alguna, bajo la salvaguar-

dia del sumo sacerdote coronado. La Iglesia parecía estar á punto de transformarse entonces de militante en triunfante sin necesidad de esperar el fin de los tiempos, como el sucesor de San Pedro se había transformado en vicario de Cristo. El desarrollo natural de la Iglesia había convertido al Papa en sucesor verdadero de aquellos emperadores romanos cuya omnipotencia jamás lograron alcanzar los emperadores alemanes mas poderosos y enérgicos. La justicia y la paz de toda la cristiandad estaban en manos de su jefe espiritual; y «así como en el arca de la alianza estaban al lado de las tablas de la ley el azote y el maná, del mismo modo en el seno del pontificado estaban la ciencia de la ley divina, el filo de la destrucción y las dulzuras de la gracia.» Los reyes y los pueblos temblaban como en tiempos pasados ante los nombres de los legados romanos. Donde quiera que había pecado, podía apelarse al Papa como juez supremo, cuyo fallo anulaba todos los de los tribunales terrenales; la espada del poder terrenal tenía que limitarse á ejecutar á ciegas las sentencias pronunciadas por la Iglesia, bien que su filo no alcanzaba al clero, mientras la sociedad laica debía inclinar la cerviz irremisiblemente ante el fuero eclesiástico. Esta organización jurisdiccional inexorable y absorbente tuvo su coronamiento en la institución de la inquisición. Todo conato de resistencia, hasta la contradicción mas leve, fué calificado de crimen que solo podía ser expiado con la muerte del culpable; pero como la Iglesia no podía verter sangre, obligó al Estado á hacer de verdugo encargado de aplicar los tormentos á los acusados y conducir á los sentenciados á las hogueras; y así fueron gobernados otra vez los pueblos con férreo cetro, manejado por el que se sentaba en el trono de Roma (2). Bien pudo decir Inocencio III, el creador de este régimen de terror, que el Señor había confiado á su apóstol no solamente el gobierno de la Iglesia sino también el de todo este mundo.

La Iglesia continuaba siendo todavía la reina del mundo intelectual, y sin su aprobación y beneplácito ninguna producción del reino espiritual tenía derecho á la existencia. La escolástica del siglo XIII pareció realizar este ideal tan com-

(1) Nació en 1093 y recibió su educación en Hildesheim; fué nombrado profesor de estudios superiores y canónigo de Augsburgo. En 1152 fué nombrado administrador y preste del monasterio de Reichersberg, donde murió en 1169. De sus escritos se han conservado una *Vita* del abad Wirt de Fornbach, varias polémicas interesantes, y una carta dirigida á los cardenales de Alejandro III sobre el cisma de la Iglesia, y por último su *De quarta vigilia noctis*, en cuyo escrito vituperó la codicia y soberbia de los cardenales.

(2) Bueno es advertir que el tormento como medio de prueba estaba usado en aquella época por los tribunales civiles aun mas que por los eclesiásticos. (N. del T.)

pletamente como el arte contemporáneo. Era empresa peli-grosa entregar al análisis filosófico los dogmas de la Iglesia; pero la idea de hacer inofensiva la filosofía greco-árabe, por medio de la asimilación, pudo darse por completamente realizada con el potente y solidísimo edificio doctrinal levantado por Santo Tomás de Aquino, en el cual quedó sellada la unión entre la fe y la ciencia. La escolástica ofrecía respuestas á todas las preguntas; con la misma nitidez demostraba la necesidad de quemar á los herejes que la existencia de Dios y la posición de Jerusalén en el centro del universo. Una cantidad abrumadora de trabajo mental y de argucia se gastó en la fundación y propagación del sistema de la Iglesia, mientras el arte prominente entonces, la arquitectura, se encargó de glorificarla monumentalmente, haciendo también posible lo imposible, disolviendo las pesadas masas del material inerte, realizando los problemas más difíciles como jugando, elevando pilastras, columnas y agujas de campanario que parecen querer salirse de la tierra y penetrar en el espacio infinito, como figurando en estas creaciones gigantes el dominio de un poder que fija su mirada en el otro mundo y se complace en someter á su voluntad el terreno. Este desarrollo del arte evidencia por sí solo la robustez del sentimiento religioso, pero también manifiesta al propio tiempo la tendencia á lo maravilloso en sus motivos artísticos. La Iglesia con gran sagacidad supo tomar este movimiento artístico á su servicio, mientras tuvo apartados y fuera del alcance de los profanos su derecho y su doctrina, haciéndoles sentir en todos los momentos importantes de la vida y en los dedicados al descanso y ocio el peso de la mano maternal pero poderosa é inflexible. Los siete sacramentos santificaban la vida del hombre desde la cuna hasta la tumba, con misterios y símbolos sagrados sin los cuales el hombre no podía entrar en relación directa y legítima con el Sér supremo, en la inteligencia de que estos misterios y símbolos habían de ser comunicados por boca y manos de un sacerdote. El lenguaje figurado del culto se fué haciendo más y más ostentoso, cautivador y mágico; la fiesta del Corpus dió ocasión á la Iglesia para hacer cada año una procesión triunfal, y la figura del Crucificado empezó á palidecer ante la augusta y rutilante imagen de la Madre de Dios. Las leyendas de los santos se llenaban de sucesos fantásticos y estupendos; mujeres extáticas, místicos de ambos sexos y profetas surgieron en todas partes y se formaban un mundo imaginario puramente; todo lo visible fué espiritualizado, y materializado todo lo espiritual. Cuando las órdenes mendicantes aparecieron en la escena y con lo mundano del clero antiguo formó contraste el ideal cristiano fundamental del desprecio de los bienes terrenales, pareció estar próximo el tiempo de la Iglesia perfecta; y en efecto, no han faltado talentos que han calificado la creación de estas órdenes de medida reformadora de la Iglesia, y Maquiavelo dice en una parte de sus obras, que sin las fundaciones renovadoras de San Francisco y Santo Domingo la religión cristiana se habría extinguido mucho tiempo hacia. Casi sería más correcto decir que sin esta poderosa huella auxiliar que se puso al servicio del pontificado, éste habría experimentado en un tiempo poco lejano una catástrofe capital; y ¡cosa singular! cabalmente se engendró en cerebros de frailes mendicantes la idea de un reinado de Dios, la única idea que pudo nacer y levantarse sobre el ripio de la iglesia papal existente.

El poder papal había crecido tanto, que sus poseedores no pudieron ya distinguir su límite, y era natural que la demencia cesárea de los emperadores romanos se apoderase también de sus sucesores. Bonifacio VIII ofreció á un príncipe francés la corona imperial de Roma y Constantinopla; también declaró feudos papales la Hungría, la Polonia y la Escocia, y conteniendo con el rey Felipe de Francia publi-

có la bula *Unam sanctam*, en la cual decía: «Declaramos que por la necesidad de la salvación toda criatura humana está sujeta al Papa de Roma.» La contestación fué la escena de Anagni, donde el anciano Papa cual verdadero romano aguardó en todo su ornato al enemigo y la muerte, pero los franceses se contentaron con hacer ludibrio de él. Esto fué un primer golpe tremendo que recibió la casi divinidad del papado; golpe dado por un rey de Francia que tenía á sus espaldas la nación francesa, garantía más sólida de la victoria que toda la fastuosidad carcomida del imperio de Roma, porque en el Occidente empezaba á manifestarse una aversión cada vez más pronunciada á toda idea de renovar el imperio de la antigua Roma bajo cualquiera forma que se presentase. Bajo la tutela del cristianismo las naciones habían adquirido una independencia que se oponía con buen éxito á que se dejasen ya confundir en la unidad ideal exigida por el papado, y el resultado fué que cuando la monarquía eclesiástica hubo llegado al punto culminante de su evolución, quedó también desvanecido el peligro de un imperio teocrático. Poco tiempo después la curia romana con su traslación á Aviñón cayó bajo la influencia francesa. Otras naciones siguieron el ejemplo de Francia; hasta la Alemania, indignada del vergonzoso tratamiento del emperador Luis, trató de sublevarse; é Inglaterra sacudió el dominio del Papa tan enérgicamente, que se conmovieron los cimientos del edificio eclesiástico. En esta lucha las armas espirituales perdieron naturalmente el terror que habían inspirado á los reyes y pueblos; porque en el año 1327 calculó el veneciano Sanuto que una mitad aproximadamente de toda la cristiandad estaba excomulgada, y si hubo papas que pretendieron poner de una plumada fuera de ley á Estados enteros, como Venecia y Florencia, declarando la libertad, la vida y los bienes de todos sus ciudadanos á la merced del primero que quisiese conquistarlos, semejantes monstruosidades solo consiguieron exacerbar el odio que la sociedad laica profesaba á la tiranía eclesiástica. El rey Felipe el Hermoso de Francia hizo la pregunta peligrosa de si la Iglesia se componía solo de eclesiásticos, y Marsilio de Padua, el atrevido profeta de la soberanía del pueblo y de la omnipotencia del Estado, proclamó que la comunidad era la autoridad suprema hasta en la Iglesia y declaró contrario al Evangelio que el maestro y pastor de la comunidad pretendiese tener ningún poder coercitivo.

Menos visible, pero en cambio más duradera que la oposición del Estado, se hizo la resistencia de la sociedad á la tutela, cuyo derecho además de ser cuestionable era un arcaísmo. Innegables eran los servicios que la Iglesia había prestado con la domesticación de pueblos bárbaros; pero todos sus grandes esfuerzos para conservar el monopolio en el mundo intelectual, fueron inútiles, porque no pudieron impedir la aparición de una civilización distinta de la suya, es decir, puramente laica. El mismo pesimismo exagerado de la civilización religiosa, su glorificación del cielo y su desprecio de la tierra; la guerra sin cuartel que el idealismo monacal hacía á la sensualidad, no podían menos de despertar la contradicción, que empezó á manifestarse en la alegre clase noble. Los poetas cortesanos, á despecho de aquellos jueces severos que querían someter todo el mundo á su jurisdicción y prescribirle sus leyes, proclamaron un ideal de la vida, y rindieron culto á dos ídolos del paganismo tan calumniados como la naturaleza y la belleza. Este culto, en general, aunque no siempre, se hermanó bastante bien con la educación eclesiástica. Las luchas por la Tierra Santa, en que se lució la caballería cruzada, hicieron germinar en más de un corazón cristiano la duda y mataron la fe; porque cuando en el siglo XIII el Islam quedó vencedor, las generaciones cristianas

no pudieron cerrar ya los ojos ante el hecho positivo de que la cruz había quedado vencida. Entonces en Francia los frailes mendicantes, que recogían dinero para la Tierra Santa, vieron cómo delante de ellos la gente daba el dinero á los pobres, diciéndoles: «Tomad por el amor de Mahoma, que puede más que Cristo.» Muchos cruzados no pudieron negar su simpatía á sus adversarios mahometanos, y otros hubieron de confesar que estos les eran superiores en moralidad, de cuya convicción sacaron la consecuencia de que todas las religiones eran igualmente buenas, concepto que expresó también el emperador Federico II en un conocido cuento. Lo indudable es que el espíritu que reinaba en la corte imperial de Palermo estaba muy lejos de ser cristiano ni mucho menos eclesiástico.

La civilización caballeresca duró poco, y en cambio aparecieron en la superficie nuevas capas de la población, que se fueron apartando lentamente de la tutela clerical. La gran revolución económica que dió importancia á las ciudades y á la clase media, aumentó y refinó al propio tiempo las necesidades materiales de la vida y creó con esto las bases de una nueva sociedad y de un nuevo espíritu. El deseo de gozar de las comodidades y amenidades de la vida, como las clases privilegiadas, aguzó la actividad y el ingenio de un número cada día mayor de gente de la clase humilde. La Iglesia, antes maestra de los pueblos rudos y pobres en el cultivo de la tierra como en toda clase de trabajos útiles, vió surgir á su alrededor hombres del pueblo que, dedicándose al comercio, llegaban á reunir capitales y á hacerse poderosos con el dinero, potencia nueva que fué entonces creciendo al lado de la Iglesia y de la nobleza, es decir, al lado de la riqueza territorial, de la fuerza bruta y de la espiritual. El afán de adquirir y la fuerza del capital fueron más poderosos que las prohibiciones de la Iglesia dictadas contra la usura y que sus sermones contra el lujo, frecuentemente muy grosero y torpe. Simultáneamente prosperaron las artes industriales y se aumentó el nivel general de la inteligencia y el de la civilización. El laico capaz de trazar el plano de una catedral ó de tratar en su idioma nativo cuestiones de filosofía, bien podía medirse en el terreno intelectual con el clero y su laín. El atrevido autor del *Roman de la Rose* (1) tocó ya á los fundamentos de la doctrina de la Iglesia y de la moral. Los graves maestros de la Gaya ciencia alemanes (*meistersänger*), en los ratos de ocio que les dejaban sus ocupaciones manuales meditaban sobre los problemas más intrincados de los dogmas de la Iglesia. En Italia al cabo de muchísimos años resucitaron los grandes genios del antiguo mundo pagano, y la humanidad escuchaba anhelosa estas voces de ultratumba, cuando Dante había levantado ya la suya, erigiéndose en juez de su tiempo y condenando de su propia autoridad á los abismos más profundos del infierno á emperadores y papas. Dante vió en la Roma papal la gran meretriz del Apocalipsis, y lo mismo había dicho San Buenaventura, cardenal y general de la orden de San Francisco; así se confundieron los lamentos de eclesiásticos y laicos ante la Iglesia profanada y decayida.

En el transcurso de siglos el mundo católico se había acostumbado á confundir el reinado de la Iglesia con el reinado de Dios. La Iglesia parecía haber ahorrado al individuo el duro trabajo de conquistar con sus propias fuerzas su salvación eterna, erigiéndose en mediadora entre este mundo y el otro, y hasta llegó á limitar esta mediación al clero, que de esta manera llegó á constituir en el seno de la Iglesia general una Iglesia con pretensiones de ser la verdadera; «como

(1) Escrito en el siglo XIII.

si Dios, dice Sybel, no obstante su omnipresencia y omnipotencia, hubiese renunciado á favor de esta Iglesia á toda comunicación directa con las almas de los laicos.» Sin la legitimación de la Iglesia eran moralmente nulos y sin valor los esfuerzos de los hombres para alcanzar los bienes del cielo; y así pareció con evidente claridad la Iglesia como institución exclusiva de salvación, y está institución emponzoñada por el mundo y enferma desde la cabeza hasta los pies.

No todos los síntomas de esta dolencia, llamada mundanidad, se presentaban con igual fuerza en la época del mayor poder de la Iglesia. Examinando las manifestaciones morbosas más visibles vemos que todas tienen su origen en el desarrollo malsano de la vida orgánica de la Iglesia, que empezó á sufrir, sin poderlas ocultar, las consecuencias de una centralización exagerada. A mediados del siglo XII, Gerhoh de Reichersberg, que siendo partidario decidido del papado podía expresarse con franqueza, se había lamentado ya de que nadie hablaba de la iglesia romana, sino solo de la *curia romana*.

La monarquía papal, cuyo ensanche destruyó la antigua independencia del poder episcopal, necesitaba para ejercer su poder casi ilimitado un ejército de empleados cada vez más numeroso. Los asuntos políticos, jurídicos y de hacienda que tenía que resolver el gobierno central se aumentaron prodigiosamente, y al mismo tiempo crecieron el número y la importancia del personal de empleados en la corte papal, los jueces, escribientes y funcionarios del tesoro. Para dirigirlo todo, evitando y dirimiendo conflictos entre la jurisdicción eclesiástica y la civil, y entre estas y la suprema autoridad de la curia, se hizo indispensable que los papas no fuesen solamente hombres políticos, sino también jurisperitos de carrera, rodeados además de un buen estado mayor de hombres peritos en el derecho eclesiástico. En París fué principalmente donde se completó y perfeccionó el edificio teológico-eclesiástico de la iglesia romana, mientras el clero italiano, según se lamentaba Dante, olvidó por el estudio de las Decretales el de los Evangelios y Padres de la Iglesia. Los papas franceses del siglo XIV tuvieron gran empeño en conservar al gobierno de la Iglesia su carácter jurídico, cuya preponderancia era un obstáculo al estudio imparcial de los intereses religiosos; pero todo poder, para su conservación, ha de servirse forzosamente de los mismos medios que han concurrido á su establecimiento. El edificio colosal del derecho eclesiástico y canónico estaba construido sobre todo un sistema de ficciones y falsificaciones, y por lo mismo necesitaba para su sostén y recomposición la ficción y el engaño, sucediendo con frecuencia que, bajo el punto de vista del derecho, la discusión de las cuestiones eclesiásticas servía solo para favorecer intereses personales; porque á la ambición de dominar se agregaba una codicia insaciable, sobre todo en el personal medio é inferior de la curia. Con mucho acierto se ha calificado á la curia romana de máquina gigantesca de hacer dinero; y la frase de que en Roma todo se adquiría con dinero no era ninguna exageración, porque entonces todo se compraba, desde la prebenda más pequeña hasta el capelo cardenalicio; desde el permiso de comer manteca de vacas en los días de ayuno hasta la absolución de asesinatos é incestos. La curia esquilinaba á los obispos á fuerza de contribuciones onerosísimas y, al propio tiempo, desorganizaba é imposibilitaba la cura de almas en las diócesis ya vendiendo sin escrúpulo los cargos eclesiásticos, ya por medio de los frailes mendicantes, que, provistos de privilegios papales, suplantaban á su placer al clero parroquial en los pulpitos y confesonarios. Era un gobierno centralizador cuya mano se sentía en todas partes, que no guardaba